



**Unione Superiori Generali**  
Via dei Penitenzieri, 19  
00165 Roma

**Unione Internazionale Superiore Generali**  
P.zza di Ponte S. Angelo, 28  
00186 Roma

---



## **PERMITIR QUE LA VIDA RELIGIOSA TENGA FUTURO**

**Hermano André-Pierre Gauthier, f.e.c.**

En Francia, la vida religiosa apostólica desaparece de nuestro paisaje familiar. Esta constatación, que podemos aplicar a Europa en su globalidad, nos interroga. Hasta 1950, y gracias a los recursos demográficos del mundo rural, nuestro contexto ha favorecido el brote de muchas vocaciones religiosas. Pero los cambios radicales ocurridos en la posguerra, han fragilizado el conjunto de la sociedad, de forma insoslayable. En algunos casos, unos estilos comunitarios demasiado rígidos, una antropología de los votos y una teología de la vida religiosa superadas, han multiplicado las dificultades, unidas en particular a la secularización de oficios ejercidos tradicionalmente por religiosos y religiosas, es decir los de la salud y educación. La caída numérica de los miembros de congregaciones ha afectado en particular a hermanos y hermanas dedicados a la enseñanza.

Como Hermano de las Escuelas Cristianas, coloco mi reflexión en una misión de educación escolar, allí donde se encuentran niños y jóvenes adultos, y donde se viven y se constatan – para quienes aceptan verlas – las formidables transformaciones de formas de vida y de pensamiento de las nuevas generaciones. El primer reto que tenemos es el de recoger y acoger esas profundas mutaciones. Y no deplorándolas, o en la perspectiva de un cualquier repliegue en los « colegios-ciudadelas », sino como parte implicada en la germinación de un mundo con perfiles inéditos, del que la juventud y los jóvenes adultos son testigos y actores, a menudo entusiastas, pero muy a menudo, perplejos ante las opciones y las dificultades que tienen que asumir, solos. Más que de una crisis de confianza, estamos delante de una crisis de presencia porque tenemos dificultad en alcanzarlos en sus contextos de vida. Es cierto que nos alegramos cuando los encontramos en concentraciones eclesiales, a menudo de forma puntual. Pero sería reducir la ambición del Evangelio si nos contentáramos con distinguir entre la mayoría, sin casi lazos eclesiales en el tiempo de su vida « profana », y la minoría con la que nos codeamos cuando ellos cruzan el umbral de lo « sagrado » de los tiempos fuertes y de los sacramentos. Los religiosos deben sentirse obligados a vivir esta presencia necesariamente gratuita que necesita un constante « ir hacia el otro ». Allí se viven justamente la pobreza, la obediencia y la castidad, cuando las palabras de la fe, la llamada a la oración y el anuncio de Jesús han perdido el sello de la evidencia y, a veces, durante mucho tiempo. El ambiente escolar es característico de esta situación pero, en el tiempo, pienso que esta presencia de hermano o de hermana no puede quedarse sin fecundidad, a corto o largo plazo. Los jóvenes de

hoy serán agradecidos mañana por haberseles respetado su crecimiento y por haberlos acompañado en sus interrogantes y sus búsquedas. Entonces la libertad de Dios podrá encontrarse con la propia libertad de la persona.

Ciertamente soy consciente de que ciertos comportamientos y ciertos valores que los jóvenes privilegian, como también ciertos rechazos razonados y conscientes de la trascendencia, encierran riesgos de deshumanización. Algunos pero no todos. Es preciso llevar a cabo una labor compleja de discernimiento sin la cual, como ya ha ocurrido en otras épocas, la Iglesia corre el riesgo de ver pasar el tren de alta velocidad del nuevo mundo. Por otro lado, esta realidad de la postmodernidad ha sido bien analizada. Quisiera considerar algunos de los aspectos sensibles que afloran en el mundo educativo, en Francia. Hemos terminado con una religión « heredada »; el lenguaje de la fe cristiana se hace extranjero para la mayoría de los jóvenes, a pesar de que pertenezcan a familias sociológicamente cristianas ; como ocurre a las adultos, los jóvenes no esperan ni aceptan que la Iglesia pueda intervenir en sus opciones afectivas y sexuales, como si recordaran una influencia demasiado pesada en este campo ; la mediatización, a veces, malévola, de ciertas desviaciones o de tomas de postura radicales de clérigos o religiosos han vulnerado su credibilidad ; los numerosos medios tecnológicos hacen que los jóvenes se vuelvan independientes más pronto y con más fuerza en sus comportamientos y en sus maneras de pensar.

De aquí un segundo desafío que hay que tratar de encarar. La vida religiosa, tanto ayer como hoy, son a menudo hombres y mujeres que, en un contexto de crisis, responden a un llamado, siempre que entendamos este término de « crisis » como un tiempo de cambios profundos que solamente la decisión razonada y audaz de un pequeño número es capaz de asumir, y hasta re-orientar. Este tipo de situación necesita aceptar el pluralismo de las respuestas apostólicas en el seno de la Iglesia. Es decir que es preciso que unos y otros aceptemos que el Evangelio, en una situación incierta, muestre los diversos rasgos del único rostro de Cristo. Esto se aplica a la misión educativa de la Iglesia católica, principalmente en el seno de la Enseñanza católica. En Francia su riqueza viene de la diversidad de las tradiciones educativas de las que la enseñanza es el producto. Ignaciana o ursulina, salesiana o lasalliana, para citar sólo algunas, estas tradiciones buscan, y con razón, su propia sonoridad en la sinfonía de la Escuela católica. Por nuestra parte, nuestra preocupación de pensar la unidad del acto educativo y su dimensión pastoral, nuestra voluntad de asociar a nuestros colaboradores laicos no solamente en la animación de nuestra red de instituciones, sino que también en su gobierno y nuestro deseo de compartirles el carisma de la fundación, nos llevan a opciones bien marcadas: queremos entrar en el Evangelio por la clase y hacer de un acto educativo, respetuoso de la persona del joven, el primer gesto pastoral. El anuncio explícito de Jesucristo se convierte, entonces, en segundo, sin ser, ni mucho menos, secundario.

Esta manera de proceder conduce a responder a un tercer desafío. Nuestra inquietud ante las fuerzas que disminuyen se ve acrecentada por una sorpresa: contrariamente a lo que ocurría hace algunas décadas, la Escuela ha vuelto a encontrar su razón de ser, es reconocida más que antes por los diversos actores de la sociedad, ya que se trate de familias o de poderes públicos. Pero hay que añadir que la misión de la Escuela católica, es reconocida, más que antes, por el Episcopado. Esto nos lleva a afirmar con una convicción renovada: « La mies es abundante ». Tanto del lado de los jóvenes como del

lado de los adultos, salimos de un tiempo de hostilidad y de desconfianza. En este contexto, lo que se espera de la vida religiosa, y de los religiosos comprometidos en el marco escolar, son expectativas más generales. Otros tres retos, pues.

El reto de la vida comunitaria, de la inteligencia y del corazón, el reto de la atención a los jóvenes adultos. Los agrupo, porque en un cierto sentido, están enlazados entre sí. En el centro de nuestra atención, los estudiantes, ni sobre todo ni en primer lugar en una perspectiva vocacional. Sino para permitirles que descubran lo que nosotros mismos hemos descubierto, a veces después de largos años de búsqueda: una vida bajo la señal de las Bienaventuranzas. En Francia, esta perspectiva es prioritaria. La vida religiosa tiene la capacidad y la grave responsabilidad de estar presente aquí y allá: aquí, con las personas, en lo cotidiano de su oficio y de su vida, compartiendo sus preocupaciones, sus opciones de vida, sus compromisos...y allá siendo capaces de invitarlas, en el seno de una comunidad religiosa, para caminar en humanidad y, por este camino, saber proponerles la compañía de Jesucristo. El reto siempre exigente de la acogida.

Reto de la inteligencia y del corazón. Esta proximidad cotidiana con los jóvenes, con hombres y mujeres más o menos distantes de la fe cristiana, nos invita a la libertad y a la audacia. Las necesarias prudencias no sabrían prohibir el tomar riesgos, necesarios para mantener el contacto vital entre la Iglesia y la sociedad. Esto supone habitar los lugares y los debates donde nuestros contemporáneos elaboran sus maneras de pensar y de actuar. Al acoger la gracia de permanecer al lado de los jóvenes, la gracia del compañerismo paciente y de la palabra respondiente a las situaciones, podemos testimoniar con serenidad la presencia del Espíritu en toda vida, del gozo de los sacramentos y la dicha de ser de la Iglesia. Siempre que guardemos la gratuidad del encuentro.

Reto de la vida comunitaria. Los retos enunciados requieren una vida comunitaria estimuladora y significativa, donde se haga la experiencia del discernimiento, de la acogida y de la oración compartida. La oración como primera gratuidad, pobreza de aquellos que se entregan a Aquel que es el único que puede llenar el deseo del hombre; la acogida asegurada por corazones abiertos y castos, respetuosos de las exigencias y de las expectativas que acogen; el discernimiento comunitario como expresión de la obediencia serena al Espíritu.

En Francia, los/las religiosos y religiosas apostólicos/as, tratamos de comprender nuestro compromiso no como una contra-cultura, sino como la experiencia y el testimonio de una brecha profunda en el seno de esa cultura. He evocado algunos desafíos. Sí, la situación actual es compleja y preocupante. Sin embargo, desde hace algunas décadas, tratamos de revivificar nuestra vida comunitaria y nuestra vida de oración, abrimos nuestras comunidades y diversificamos nuestros compromisos con los pobres, compartimos nuestra espiritualidad con los laicos que lo piden... No he empleado todavía el término « fraternidad » porque es exigente y no debe ser vulgarizado. Pero quiero testificar que las comunidades religiosas apostólicas en Francia tratan de vivirla y testimoniarla.

Su testimonio sigue siendo decisivo porque la fraternidad que queremos edificar necesita educar sin cesar su propia humanidad. La vida religiosa, es una respuesta posible a la matanza de Abel. Para que el otro exista como hermano, es preciso que yo le haga sitio. Educar a un joven, es permitirle que se encuentre en su sitio, que llegue a devenir sujeto, permitiendo al otro que tenga su propio sitio. Ser religioso, religiosa en la educación,



quiere decir vivir, personal y comunitariamente, este proyecto de fraternidad. Pero sólo aquel o aquella que busca plasmar relaciones de auténtica fraternidad pueden educar con rectitud. No es únicamente el lote de religiosos/as, sino que es su responsabilidad en pos de Cristo. De esta manera, nuestras comunidades hacen posible la renovación de la vida religiosa. Este futuro, ninguno de nosotros tiene que preverlo, sino sencillamente permitirlo por su vida confiada a Cristo.

Gracias.

Cortesía de Vidimus Dominum – El Portal para la Vida Religiosa

**[www.vidimusdominum.org](http://www.vidimusdominum.org)**